

«Parecía que los alumnos de 5º de EGB se habían dedicado toda su vida a escribir historias: los personajes salían de sus mentes con toda facilidad»

CÓMO MONTAR EN TU CLASE UN TALLER DE CUENTOS

— María Menéndez—Ponte —

El curso pasado me llamaron del colegio Nuestra Señora de las Maravillas para hacer un taller de cuentos en 5º de EGB (cuatro clases diferentes). Fue una experiencia extraordinaria. Así que, cuando este año volvieron a llamarme, acepté encantada.

Me recibieron un grupo de niños y niñas expectantes, dispuestos a pasárselo muy bien, que para eso era su semana cultural. Venían de entrevistar a algunos de los actores de "Farmacia de Guardia" y, lógicamente, todavía estaban excitados. Uno no tiene todos los días la oportunidad de hablar con "Quique" o con "Carlos", el novio de "Lourdes". Bueno, el caso es que ahí estaba yo, con la sensación de que tenía que abrir la caja de Pandora para despertar su interés: un interés por la lectura y la escritura que, según las estadísticas, es más bien escaso.

La palabra mágica fue *Sonic*, un personaje de los videojuegos que, naturalmente, todos conocen a la perfección. "¿Os gustaría crear un personaje y moverlo a vuestro antojo, sin necesidad de mandos, sólo con el poder de vuestra mente?" —les pregunté—. Treinta y cinco pares de ojos brillaron ante semejante perspectiva. "¿Y además, poder crear vosotros mismos los lugares por donde moverlo? No como Sonic, que siempre va por los mismos laberintos". Sus caras reflejaban tal entusiasmo, que sentí no haber podido fotografiarlas en ese preciso instante. "Incluso podréis conducirlo a vuestro antojo a través del tiempo: la Prehistoria, el siglo XXI..."

No necesitaba decir más. Tenía treinta y cinco niños dispuestos a sumergirse en cualquier tipo de aventura. Abrí un libro de cuentos mío y les mostré los dibujos. "¿Qué creéis que ocurre en este cuento? ¿De qué va la historia?". Todos tenían



su opinión: "Unos tomates que vuelan". "Vuelan porque les ceñan una fórmula mágica". "Es una historia de ciencia-ficción". "Es de un sabio que inventa una fórmula..." Les leí el cuento, que siguieron con gran atención. Por supuesto, lo hice utilizando todas mis dotes de actriz, que no sé si son muchas o pocas, pero funcionaron.

VAMOS A DESTRIPAR LA HISTORIA

"Ahora vamos a destripar la historia. Vamos a analizar todos los elementos que tiene y, a partir de ahí, construir el cuento o cuentos que vosotros queráis". Salieron dos ayudantes a la pizarra: un niño y una niña. "¿De qué género podría-

mos escribir un cuento?". Llovían las ideas: "de misterio, aventura, terror, fantástico, policíaco, de humor, fábulas, leyendas, de superhéroes, histórico, de ciencia-ficción..." Los ayudantes no daban abasto a escribir.

"Ya tenemos el marco o la envoltura. Ahora necesitamos los elementos necesarios para construirlo. ¿Qué elementos había en el cuento que os leí?"... Casi a coro respondieron: "Los personajes: Don Policarpo, los tomates, el alcalde, los habitantes del pueblo..." "¿Y qué personaje era el principal?" "Don Policarpo, el científico". "¿Qué otros personajes podríamos inventar?". Ahora ya no era una lluvia de ideas, sino una auténtica tormenta: "detectives, científicos, guerreros, dragones, monstruos, hadas, gnomos, ogros, dinosaurios, seres mitológicos, una bailarina, un payaso, un coche, un robot... La lista era interminable. De modo que los agrupamos en: 1. Personajes reales. 2. Fantásticos. 3. De ciencia-ficción. 4. Superhéroes. 5. Animales. 6. Cosas.

"Naturalmente, esos personajes necesitarán lugares o espacios por donde moverse". Apenas había acabado la frase, cuando ya estábamos viajando por mil sitios diferentes: castillos, cuevas, ciudades, pueblos, el espacio, distintos planetas, desiertos, bosques, mares y selvas... "Además habrá que situarlos en una época". De la Prehistoria pasábamos al siglo XXI para regresar a la Edad Media... Finalmente, quedamos que podríamos situar la acción en el pasado, en el presente o en el futuro.

EN BUSCA DEL ESTILO

"Bueno, ya tenemos personajes, lugares y épocas. ¿Eso es todo?" No había acuerdo. "¿No nos falta algo muy importante? ¿No necesitamos un tema sobre el que escribir?". De nuevo se animaron: "el colegio, la amistad, el miedo, la familia, el deporte, la música, la televisión, la ecología..." "¿Y cómo lo contaríamos?"

Desconcierto. "Si yo digo: *Érase una vez un gigante que se alimentaba únicamente de nubes. En cuanto aparecía una por el cielo, abría su boca y, zas, para dentro.* ¿Qué estoy haciendo? Dos o tres veces surgieron del silencio: "Narrando". "Eso es. Un cuento necesita narración. Pero si sólo hubiera narración se haría un poco pesado y la acción transcurriría muy lenta. ¿Qué podemos añadir para que la acción transcurra más rápida y de forma más amena?" De nuevo el desconcierto. "¿Has terminado de desayunar?" -le preguntó su madre. Enseñada cayeron. "¡Ah, diálogo!". "¿Y si queremos decir cómo es nuestro personaje? Por ejemplo: *Tenía la frente ancha, las cejas espesas, los ojos muy juntos...*" "Es una descripción" -dijeron unas cuantas voces.

Teníamos ya los tres elementos fundamentales de un cuento: **narración, descripción y diálogo**. Les expliqué que, según la manera de combinarlos, así sería el ritmo del cuento: lento, si abusábamos de la descripción y narración; rápido, si recurriamos constantemente al diálogo, y equilibrado si conseguimos una buena mezcla. Cuando uno se pone a escribir, ya puede hacer unas descripciones preciosas, tener una historia muy interesante y unos diálogos chispeantes, que si el ritmo falla, la historia se desintegra en el aire y aburre. Porque el ritmo, a pesar de ser el elemento menos perceptible, es el más importante.

UN CUENTO COLECTIVO

Con todos esos ingredientes, ya podíamos empezar a cocinar nuestro cuento. Lo primero era elegir el menú: ¿qué género? Cada uno tenía su opinión. Se organizó un pequeño revuelo: "Misterio". "No, mejor de aventuras". "Yo prefiero que sea de humor"... Lo sometimos a votación y, además, decidimos que los géneros no eran compartimentos estancos y podían mezclarse. Así que salió misterio con cierta dosis de humor. Curiosamente, ocurrió lo mismo en las cuatro clases, a pesar de no haber hablado entre ellos, y exactamente igual que el año anterior. Lo cual es bastante significativo, porque demuestran claramente sus preferencias por un determinado tipo de literatura.

Salieron a la pizarra nuevos ayudantes. Esta vez los niños y niñas considerados por todos los mejores dibujantes. Íbamos a crear los personajes y era importante visualizarlos.

Como si en toda su vida no hubieran hecho otra cosa que escribir cuentos, los personajes salían de sus mentes con una gran facilidad. Y los dibujantes interpretaban perfectamente los rasgos característicos de cada personaje. Todos tenían mil ideas que aportar: Rogelio, un inventor loco, que sería el malo del cuento; Paramicio y Ameba, dos células que vivían en el cerebro de Rogelio, padres de Cerebrito y Bichito; Federico, un fantasma bonachón, y Tiranosaurio-Rex, uno de los inventos de Rogelio. Vivirían en nuestra época, en los sótanos de un castillo abandonado. Y el tema sería la lucha de Rogelio por destruir el mundo y los esfuerzos de Federico por evitarlo.

Una vez definidos los caracteres, el lugar, el tiempo y el tema, empezamos el cuento. Cada niño decía una frase:

Había una vez un inventor loco, que se llamaba Rogelio, y un día fabricó un dinosaurio. Cerebrito y Bichito, dos células que vivían dentro de Rogelio se escaparon y se metieron en el Tiranosaurio-Rex, uno de los inventos de Rogelio.

Rogelio era un inventor que sólo tenía pensamientos malos. El dinosaurio se llamaba Smakchiffa y también era malo; pero malo de los malos. Un día le pegó una bofetada en toda la cara a Rogelio, y una mitad de la cara se le convirtió en hierro.

— ¡Cacho animal! ¿Por qué me pegas? Te he programado para que destruyas el mundo, no mi cara.

Desgraciadamente, sólo teníamos una hora, y ésta había llegado a su fin. Los niños protestaron porque no habíamos terminado y se arremolinaron en torno a mí: "¿Vas a volver mañana?" "¿Podemos escribir cada uno nuestro cuento?" "¿Puedo escribir un cuento de un dragón que vivía en el espacio?" "Yo inventé un cuento de una gota de agua..." Quedamos con los profesores que al día siguiente seguirían con el taller de cuentos. Los niños podían optar por continuar individualmente el que habíamos iniciado o inventar ellos uno propio.

Todos lo hicieron tan bien, que ahora me encuentro con el difícilísimo dilema de seleccionar uno de ellos para ser publicado, como muestra de esa inolvidable experiencia. Una experiencia realmente enriquecedora, a la que desde aquí animo, por un lado, a todos los profesores, como una forma de potenciar y dar cauce a la desbordante imaginación, fantasía y creatividad de sus alumnos/as; y, por otro, a las editoriales, porque ahí tienen sin duda su futura cantera de escritores.

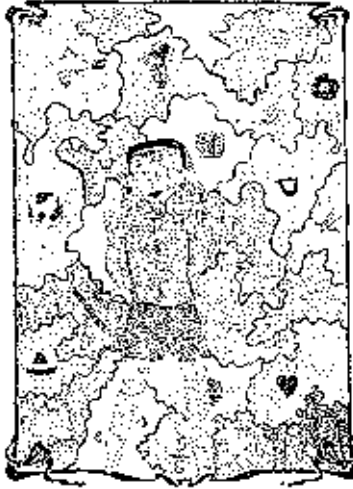


Ilustración realizada en su cuento por Elena Osoro Andrade

—El país de las brujas—

Era el 1 de enero del siglo XVI; Sara, una niña de 3 años, no muy gorda, estaba durmiendo en su habitación. Mientras tanto, en el país de las brujas, estaban preparando un ungüento para conseguir la vida eterna. Pero algo les falló. Necesitaban tres pelos de una niña pequeña pelirroja. Miraron en el libro mágico, y... ¡Oh! lo que estaba más cerca era Sara.

Tres brujas, elegidas por sorteo (que ya conocían las brujas el «pinto, pinto, gorgarito...») fueron a por Sara a la ciudad. Entre tanto Sara, que no era tonta, por el movimiento del viento, que había cambiado repentinamente de dirección, metió, con una sabanita, la tortuga que tenía de mascota, en su mochila, y otros utensilios de viaje: una camiseta, unas braguitas, un cepillo, etc. También metió algunos inventos que ella misma había inventado (para tener tres años era superdotada). Las brujas ya volaban sobre la ciudad, pero de pronto... ¡PUM! ¡A una bruja se le había parado el motor de la escoba! Pero... como es una bruja no le pasó nada (sólo la cabeza al revés).

Llegaron las brujas a la casa de Sara, y cuando entraron por la ventana, Sara les dijo: ¿qué nos vamos?. Una de las brujas, del susto, cayó hacia atrás y rodó escaleras abajo. El sombrero de la bruja se salvó, y a ella se le volvió a poner la cabeza al derecho.

Salieron las cuatro por la ventana, en las escobas (un poco apretujadas por la mochila) y, al fin, llegaron al país de las brujas.

Cuando Lara bajó de la escalera, encontró en el suelo un manuscrito que decía así:

Para la vida eterna: Preparación e ingredientes

2 arañas (tarántulas)

4 vasos de vino tinto

3 pelos de niña pelirroja

4 cucarachas machadas.

Se juntan las cucarachas con el vino y con los pelos. Se cuece todo y se añaden las arañas. ¡Qué te guste!

Sara, que se dio cuenta de que las brujas no tenían buenas intenciones, corrió a esconderse en el bosque, pero le aparecieron más brujas.

La Gran Bruja era feísima: tenía la cara verde, el pelo y el traje negros, y una escoba voladora. Sara le dijo a la bruja: ¿Por qué eres tan fea? —Y la bruja le contestó: porque metí la cabeza en el microondas. Sara cogió su mochila, y de ella sacó a su tortuga que lo pegó un mordisco a la bruja en el pie.

La bruja chilló de dolor y mientras, Sara le arrebató el libro de magia del que leyó lo siguiente: «Para convertir a una bruja en sapo decir lo siguiente: Bruja, brujiita que cantando estas, conviértete en ranita y saltando vete ya». Sara hizo lo que venía en el libro y la bruja se convirtió en una rana barrigona.

Todas las demás brujas fueron detrás de Sara, que corría a toda velocidad por el bosque.

De repente, Sara vio que el camino se había cortado; sacó de su mochila el libro de magia de la bruja, para buscar algún hechizo porque las brujas la querían matar para conseguir los tres pelos de la receta.

Ella, mientras tanto estaba viendo el libro y encontró un manuscrito, parecido al anterior que decía así: «Todas las brujas de este país convertiréis en hormigas y salir de aquí ¡ya!»

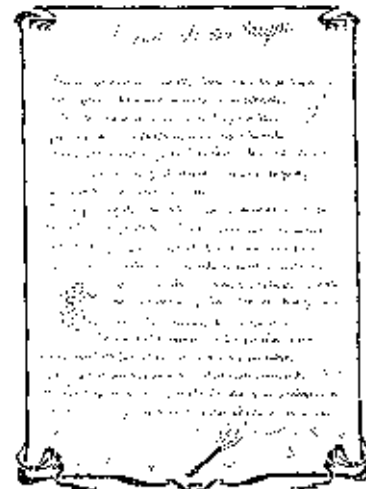
Sara hizo lo que decía y todas las brujas se convirtieron en hormigas y se fueron.

Luego sacó de su mochila un paraguas volador y se fue a la ciudad.

Cuando pasó por la puerta de separación de los dos países, Sara se encontró con un hada que le dijo: Has sido muy valiente, Sara, en recompensa en el país de las hadas hay una estatua tuya. ¡Muchas gracias!

Sara fue a su casa y sus padres le dijeron que era muy valiente.

—Fin—



Autora del cuento e ilustración:
Belén Jiménez Mas-Guidall / 5º EGB